

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Escrito por

Jesús José Camacho Lucas-Torres

@chexual



capítulo cinco

AVISO +18

Esta lectura contiene lenguaje explícito y escenas que podrían herir su sensibilidad.

ANTES DE EMPEZAR

Las páginas que se dispone a leer deben considerarse un ejercicio creativo en clave de novela motivado por ningún otro interés que la creación en sí. Se basan en la saga de videojuegos Metroid, cuyos derechos pertenecen a Nintendo. Para su confección se han tenido en cuenta recursos tanto de los juegos como de otras obras de arte canónicas y no canónicas.

**sigue al autor en sus redes sociales para estar al tanto de las últimas novedades
@chexual**

METROID

El asalto a Mundo Agrícola

Jesús José Camacho Lucas-Torres

Un escritor no es nada sin sus lectores. Si has disfrutado de esta lectura, recomiéndala. Pásasela a un amigo, compártela en tus redes sociales o cuéntame qué te ha parecido, seguro que tienes muchas cosas que decir. Ayuda a que esta comunidad crezca y permanece al tanto de todas las novedades en **@chexual**.

Phineas Ferrec salió del coche enfundado en un traje negro. Sus zapatos refulgían al caminar, sin una sola mota de polvo. Tras él, bajaron dos hombres fornidos vestidos de manera similar. Eran sus guardaespaldas. Ya los había conocido antes, Ferrec no solía salir sin ellos. Los tres llevaban gafas de sol de cristales oscuros, pero solo él se las quitó cuando pasaron a la cúpula. Sus ojos, incluso a esa distancia, parecían estar mirándolo directamente.

— Señor Pierce.

La voz artificial del traductor de un bryyo'mak llamó su atención al pie de las escaleras. Se trataba de R'hul, uno de los trabajadores con los que había estado esa mañana en la viña austral.

— Ah, R'hul. ¿Qué haces aquí?

— Hemos detectado un problema. No creo que sea grave, pero debe haber...

Ferrec seguía avanzando por la calle con la mirada clavada al frente. Los perros caminaban con ellos, los perseguían mendigando una caricia, mientras que las gallinas se apartaban a su paso asustadas, pero ningún animal logró distraerlo. Ni a él, ni a sus hombres.

— Escucha, tengo una reunión importante que no puedo posponer. Mi hijo y mi sobrino acaban de ir a los establos, creo que si vas rápido todavía los encontrarás. Coméntaselo y ellos lo solucionarán. O, si no los encuentras, ve al despacho de mi hermana.

— Pero, señor...

— He dicho que no puedo.

Bajó las escaleras apretando el paso, y antes de que Ferrec tuviera tiempo de hablar, se acercó a él con los brazos abiertos y una sonrisa jovial.

— ¡Phineas!- exclamó.- Gracias por venir.

Alargó el brazo y se estrecharon la mano, manteniendo el pulso con fuerza durante algunos segundos. La boca de Ferrec sonreía, sus ojos no.

— Gracias a ti por invitarme. Tu rancho me sorprende cada vez que vengo.

— Sí, bueno, trabajamos mucho y cada vez viene más gente.

Ferrec hizo un mohín, como si lo hubiese malinterpretado.

— Sí, y estáis muy lejos de Artiga. Parece mentira que este planeta haya crecido tanto.

No supo qué responder a eso.

— ¿Pasamos?

Se adelantó sin decir nada. Sus guardias lo siguieron. Jack fue el último.

— Me encanta el anturio que tenéis ahí. Dile a quien se encargue de él que está haciendo un buen trabajo.

— Lo cuida mi mujer, es una apasionada de la botánica.

— Como todos los que estáis aquí, imagino.

— No diría apasionados, pero al menos mis trabajadores son respetuosos. Cuidan las plantas como si fueran suyas.

— Por lo que les conviene. Mejores plantas dan más fruto, y más fruto es más dinero.

— Pero no podemos tener mejores plantas si no tenemos agua para regarlas.- replicó Jack, y se sentó tras un escritorio de madera wengué, ese sí, capricho suyo.- Sentaos, por favor. ¿Queréis tomar algo?

— No, gracias. ¿Qué vas a necesitar?

Jack tragó saliva, le impresionaba la templanza de Ferrec. A pesar del calor y de su traje oscuro de manga larga, no había ni una perla de sudor en su rostro. Resultaba intimidante.

— Había pensado en setenta y cinco mil litros. Es más para la aplicación de tratamientos que para el riego, porque ya sabéis, son muchas plantas y hay que mojarlas bien.

No se trataba de una cantidad exorbitante de agua, pero tal como estaban las cosas dudaba que pudieran asumirlo.

— De acuerdo.- dijo sin embargo Ferrec.- Podemos hacerlo. Será más caro que el año pasado.

— ¿Cuánto?

— Veintitrés fracciones.

— ¿Qué? Eso es una barbaridad.

— Es lo que hay.

— Me saldrá por...- se detuvo unos instantes para pensarlo, pero prefirió hacerlos esperar a utilizar la calculadora de su pulsera.- Más de diecisiete mil mun.

— Así es.

— Es demasiado.

— Es uno de los bienes más codiciados de la Federación, más incluso que la afluencia, aunque es sustancialmente más barata. Esto lo sabes tan bien como yo, de lo contrario no me habrías llamado, así que, por favor, ni te plantees insultarme regateando el precio.

Guardaron silencio, mirándose fijamente, durante unos segundos. Si quería una producción abundante, no tenía más remedio que aceptar. Diecisiete mil no era nada comparado con los beneficios que obtendría, solo una buena añada de vino austral valía casi el triple.

— Está bien.

Ferrec sonrió, satisfecho.

— Perfecto. Te lo serviremos en varios envíos, no creo que más de cinco, en depósitos de mil litros. Sin marcas ni registros, una vez los uses tendrás que desprenderte de ellos por tu cuenta, y si alguien pregunta... en fin, no dirás quién te los ha vendido.

Ferrec sabía bien cuál era su posición, por eso no le importaba ser claro en sus amenazas. Sus matones solo eran una muestra del imperio que había levantado en torno al tráfico de agua. No le convenía centrarse en eso.

— ¿Depósitos? ¿No podéis traerlo en cisternas como el año pasado?

— Los controles son ahora más estrictos, Jack. No es que tenga que darte explicaciones, pero ya sabes cómo se persiguen estos delitos, y las penas que se imponen. Cuanto menos llamemos la atención, mejor, y una cisterna es muy llamativa.

— Vale. Vendrá desinfectada y lista para regar, ¿cierto?

Alguien llamó a la puerta. Ferrec lo miró con una sombra de preocupación. Debía ser agotador viajar con miedo de que en cualquier momento la policía federal pudiera aparecer para arrestarte, pero Ferrec era un tipo astuto. Aunque la fama lo precediese, no creía que nadie andase detrás de él aún.

— ¿Quién es?- preguntó Jack alzando la voz.

— Soy yo.- respondió la voz de su mujer.

— Grace, ¿qué haces? Estoy ocupado.- y luego, dirigiéndose a Ferrec, le aclaró.- No te preocupes, es mi mujer.

— No me preocupa.

— Lo sé.- dijo Grace.- Pero es importante.

— ¡Dame cinco minutos!

— ¡No, tranquila, Grace!- exclamó Ferrec.- ¡Entra, por favor! Nosotros ya hemos acabado.- abrió la puerta, y mientras la mujer se acercaba al escritorio, le dijo a Jack.- Siempre la desinfectamos antes de cargarla, no queremos provocar ninguna catástrofe natural. Hay que tener cuidado con el tráfico de especies.- bromeó.- Así que, ¿qué opinas?

— No puedo opinar. Tráeme el agua y yo te daré el dinero.

— Perfecto.

Volvieron a darse la mano. La sonrisa de Ferrec, cálida y encantadora, recibió a Grace con efusión, pero ella no correspondió de la misma manera. Llevaba en la mano el auricular de su pulsera, sujeto entre el índice y el pulgar.

— Buenos días, soy Phineas Ferrec, un colega de profesión de su marido.

Se inclinó con la intención de darle un beso, pero ella extendió la mano para que se la estrechase. Él la cogió y se la llevó a los labios, plantando en su dorso un beso leve.

Grace sabía quién era y a lo que se dedicaba, pero nunca los había presentado.

— Un placer conocerle.

— ¿Qué ocurre, Grace?- preguntó Jack.

— Ahí fuera están los capataces de casi todas las explotaciones.

— ¿Qué? ¿Por qué?

— Dicen que no hay agua, y es cierto. No funcionan los grifos en ninguna casa del rancho.

— ¿Y? ¿Cuál es el problema? Los de la estación suelen hacer cortes, habrán tenido algún accidente o quién sabe.

— No, no es solo la estación. Ha llamado Hannah. Ella también ha oído que no corría el agua y ha hecho algunas llamadas. Parece ser que el suministro ha fallado en las tres islas.

— ¿Ha hablado con la estación?

— No ha podido. Deben estar asediados a llamadas.

— Bueno... no podemos hacer mucho, ¿no?

— Podrías acercarte a ver. La central no queda lejos.

— Si quieres, podemos llevarte nosotros.- se ofreció Ferrec, relamiéndose por lo que podría implicar para él un fallo en los generadores.- Ya nos vamos, y el desvío no debe ser grande. ¿Qué se tardará en nave, diez minutos?

— Está bien.- accedió.- Llama a mi hermana, por favor, y dile que irá a ver qué me cuentan, pero que no espere resultados.

Salieron de la mansión para encontrarse con un importante grupo de trabajadores hablando con inquietud. En cuanto lo vieron aparecer, se callaron para observarle, y G'ne se adelantó para hablar con él.

— ¿Qué es lo que pasa?- preguntó Jack, incrédulo.- ¿Por qué estáis tan nerviosos?

— Parece que se ha escuchado un gran estruendo más allá del cerro del Tornajo. Nadie ha visto nada, pero creen que la falta de agua es porque ha reventado la tubería principal del generador.

— Bueno, creo que puedes decirles que se equivocan. No sé lo que ha pasado, pero no hay agua en ninguna de las islas. Sería mucha casualidad que hubiesen reventado las tres cañerías.

— ¿Qué hacemos, entonces?

— No sé. Voy a ir a la central para ver si alguien me da una explicación. Quizá sea un protocolo interno, pero supongo que nos habrían avisado de los cortes. Esperad, y quienes puedan que sigan trabajando, sobre todo los podadores.

Dio un beso a Grace para despedirse, y avanzó a buen ritmo junto a Ferrec hacia su coche. Era una preciosidad, negro y deslumbrante, con los asientos forrados en blanco. Los guardaespaldas subieron delante, uno de ellos conducía.

El vehículo se levantó con suavidad del suelo. Jack no dijo una palabra en todo el trayecto.

